

Prólogo

EL REY SALOMÓN LE SUPLICABA AL Eterno que le concediera un corazón inteligente.

A la salida ya de un siglo devastado por las actuaciones desastrosas de los *burócratas*, es decir, de una inteligencia meramente funcional, y de los *posesos*, es decir, de una sentimentalidad somera, binaria, abstracta, soberanamente indiferente a la singularidad y a la precariedad de los destinos individuales, esa oración para ser dotado de perspicacia afectiva sigue teniendo, como ya sostenía Hannah Arendt, todo su valor.

Sin embargo, Dios se calla. Quizá nos mira, pero no responde, guarda las distancias, no interviene en nuestros asuntos. Por mucho que tengamos, por mucho que imaginemos para llenar Su horario y para convencernos de Su activismo, nos deja de Su mano. Ni directamente a Él ni a la Historia, ese avatar moderno de la teodicea, podemos dirigir nuestra súplica con alguna posibilidad de éxito, sino a la literatura. Tal mediación no supone ninguna garantía: sin ella, empero, la gracia de un corazón inteligente seguiría siéndonos por siempre jamás inaccesible. Y conoceríamos quizá las leyes de la vida, pero no su jurisprudencia.

Tal es al menos la apuesta de los nueve estudios que vienen a continuación. Me he fiado de mis emociones para elegir *La broma*, de Milan Kundera; *Todo fluye*, de Vassili Grossman; *Historia de un alemán*, de Sebastian Haffner; *El primer hombre*, de Albert Camus; *La mancha humana*, de Philip Roth; *Lord Jim*, de Joseph Conrad; *Apuntes del subsuelo*, de Fedor Dostoyevski; *Washington Square*, de Henry James, y *El festín de Babette*, de Karen Blixen. Y me he esforzado por poner en mis lecturas toda la seriedad, toda la atención que requiere descifrar los enigmas del mundo.

P. D.: Este libro, cuya idea acariciaba yo desde hacía años, habría permanecido en el limbo si Nicolas Guerpillon no me hubiera hecho un día la irresistible propuesta de elaborar mi biblioteca ideal, y si Shlomo Malka no hubiera dado cobijo a nuestras conversaciones en RCJ, la cadena de radio que dirige. Mi deuda es también grande con Bérénice Levet, que mecanografió el manuscrito con paciencia infinita y me dio muy valiosos consejos. A los tres, gracias.

Sólo temblando se abandona el cuerdo a la risa

Lectura de *La broma*, de Milan Kundera

LA OBRA DE ARTE, DECÍA EN ESENCIA Alain, no figura en la categoría de lo útil. Si pretendemos juzgar su valor, debemos preguntarnos, por lo tanto, no para qué puede servirnos sino de qué automatismo de pensamiento nos libera. La novela de Kundera, *La broma*, arruinó en mí la idea triunfal de que la vida —tanto individual como colectiva— es una novela y que la filosofía consiste en ampliar a dimensiones de historia universal la intriga del *Conde de Montecristo*.

Praga, 1948. Los comunistas acaban de hacerse con el poder. La revolución está en pleno apogeo. Una alegría, ferviente y grave, reina en todas partes, y especialmente en las universidades. Ludvik Jahn, que desempeña un puesto importante en la Unión de Estudiantes, le hace asiduamente la corte a la guapa y militante Marketa. Ésta, entregada en cuerpo y alma a la Historia en marcha, es sin embargo tan cándida, tan inocentemente refractaria a las prácticas que se desprenden de la máxima «el fin justifica los medios», que sus camaradas deciden enviarla quince días, durante las vacaciones, a un castillo del centro de Bohemia para que participe en un encuentro de formación del Partido y perfeccione así sus co-

nocimientos en la estrategia y la táctica del movimiento revolucionario.

La decisión perturba los planes de Ludvik y lo contraría, sobre todo porque Marketa la acepta con una docilidad e incluso un entusiasmo imperturbablemente sonrientes. En lugar de olvidarse de él, la muchacha le envía, una vez allí, una carta «que rebosa de un consentimiento sincero hacia lo que estaba viviendo». Ludvik, molesto, frustrado, celoso, compra una postal y escribe al dorso: «¡El optimismo es el opio del género humano! Las mentes sanas apestan a imbecilidad. ¡Viva Trotski! Ludvik».

La ocurrencia no tiene nada de profesión de fe disidente. Ludvik no declina de su identidad ideológica, emite una protesta burlona contra el dominio de la ideología sobre el conjunto de la existencia. No es, en este caso, ni ortodoxo ni hereético, no transmite ningún mensaje, no hace públicas por efecto de la cólera sus convicciones secretas; juega —en privado— a ser alguien que no es, se desprende de sí mismo, se reviste, para ser chocante y para seducir, de un traje prestado. Movido por la esperanza de *cambiarle la sonrisa* a la excesivamente plácida y beatífica Marketa, se complace por espacio de una insolencia en no creer en lo que cree. No es que mienta: Ludvik se expresa en un registro —la broma— en el que la disyuntiva de la verdad y de la mentira queda temporalmente suspendida. Pero semejante osadía ni se permite ni siquiera es audible en el país de los camaradas. Con la emancipación del hombre no se juega, ni siquiera en broma puede hacerse que se tambalee el sentido de la Historia; se obedece a sus conminaciones, se estremece uno ante sus veredictos. No hay espacio para el equívoco o para el *cum grano salis* en la visión revolucionaria del mundo. Cuando dos campos se enfrentan, todo es

solemne, todo es literal, nunca se sale de la ideología: abrir la boca equivale sin asomo de duda a tomar postura. Sí o no —ésa es la única pregunta y ésas son las dos únicas respuestas posibles—. Tampoco hay espacio para el egoísmo enamorado. La revolución está demasiado preocupada por la felicidad universal como para permitir que cada uno se entregue a sus asuntos o a sus aventuras. Ostenta el derecho a conocer en qué emplean el tiempo sus combatientes y el deber de sancionarlos si desertan del campo de batalla. La moral del hombre nuevo y la psicología de Marivaux no son compatibles.

La postal de Ludvik es una ligereza cargada de consecuencias fatales. Las vacaciones se acaban, Marketa no vuelve a dar señales de vida, y en septiembre, cuando regresan a clase, Ludvik, que no tiene otra preocupación sino aquel silencio, es convocado por el secretariado del Partido. Allí, tres estudiantes imbuidos de su propia importancia dan lectura a la misiva y le piden que la comente. Por mucho que repite que no ha leído nada de Trotski, que no conoce absolutamente a ningún trotskista y que *sólo fue por gastar una broma*, la maquinaria se pone en movimiento, el asunto sigue su curso inexorable. Después de aquel primer interrogatorio, Ludvik comparece ante la Facultad en sesión plenaria y nadie sale en su ayuda: los profesores y los condiscípulos presentes votan no sólo su exclusión de la Facultad sino también la prohibición de que continúe estudiando. Pierde asimismo el beneficio de prórroga para hacer el servicio militar y termina en un cuartel de un lúgubre barrio del extrarradio de la ciudad minera de Ostrava. El Partido, omnipresente y todopoderoso, indiscreto y despiadado, lo ha arrojado sin miramientos fuera del sendero de su vida.

Cuando se publicó la novela de Kundera en París, en 1968, nosotros, contestatarios, le dedicamos una acogida entusiasta.

Y como, en el preciso momento en que la leíamos, nos veíamos confrontados a las imágenes sobrecogedoras del aplastamiento de la Primavera de Praga, alineamos con toda naturalidad *La broma* bajo el estandarte de la gran revolución mundial contra la Represión. Al desafiar, en nombre del derecho al placer, las convenciones sociales, las instituciones políticas y el principio de rentabilidad, nos identificamos con las desdichas de Ludvik y lo celebramos como si fuera uno de los nuestros. Con todo nuestro agradecimiento, ocultamos el hecho, sin embargo flagrante, de que era una víctima no del Estado o del sistema, sino del ardor insurrecto. La violencia que se había abatido sobre él era socialista, y *aquel socialismo venía del calor*. El galanteador travieso no fue excomulgado por un monstruo frío, fue tachado de anatema por una muchedumbre en fusión. La llama revolucionaria brillaba en los ojos de sus jueces e inspiraba los discursos. El tribunal ante el que comparecía Ludvik no era una emanación de *Big Brother*, no estaba compuesto por burócratas mecánicos, por *apparatchiks* impasibles, por sujetos de gabanes imponentes, por momificados representantes del viejo mundo, sino por estudiantes tan exaltados, tan hermanados, tan intensamente vivos y tan radiantes de cólera como nosotros mismos podíamos serlo. Al igual que nosotros, aquellos rebeldes sin arrugas afirmaban que todo es posible y declaraban caduca la oposición entre lo público y lo privado. Ciertamente era que preferíamos extender la revolución al terreno sexual antes que subordinar la sexualidad a la revolución, pero también se trataba para nosotros, apóstoles del placer inmediato, de terminar con los rodeos del estilo indirecto y las arcaicas complicaciones del galanteo.

Diez años después de que se publicara en Francia *La broma*, Kundera quiso remachar el clavo con el prefacio que escribió

para la novela de su viejo amigo Josef Skvorecky, *Mirákl* (*El milagro*): «Mayo del 68 fue una revuelta de jóvenes. La iniciativa de la Primavera de Praga estuvo en manos de adultos, que basaban su acción en su experiencia y su decepción históricas. [...] El Mayo francés fue una explosión del lirismo revolucionario. La Primavera de Praga fue la explosión de un escepticismo posrevolucionario. [...] El Mayo francés fue radical. Lo que durante muchos años estuvo preparando la explosión de la Primavera de Praga era una revolución popular de los moderados».

Revuelta y moderación: dos palabras que, para los del 68 y para quienes cada diez años festejan y festejarán hasta el fin de los tiempos el aniversario de aquella gran efervescencia inaugural, casan mal. Dos palabras enemigas. Dos palabras que incluso se entregan a una guerra inexpiable. La revuelta es la transgresión, el exceso, la aventura, el riesgo, la ruptura con las costumbres, el desarreglo de todos los sentidos, la voladura de las viejas estructuras, el levantamiento de la vida contra ese gobierno de muertos al que se llama tradición, el impulso prometeico del hombre moderno liberado del yugo celestial, refractario a lo que existe tanto como a la nostalgia por *las nieves de antaño* y que sólo abre la boca para decir, con André Breton: «Habrà una vez». La moderación, por el contrario, evoca el puchero, las zapatillas junto a la chimenea, el conformismo timorato, el aburguesamiento, el abotargamiento, el allanamiento de la vida, la elección sin gloria del justo medio, el lamentable regreso del hijo pródigo, ya adulto, a las sendas allanadas de la cordura rutinaria y hogareña.

Existe también, no obstante, otro modo de levantar acta de la situación creada por el hecho de abandonar Dios el sitio desde el que había dirigido el mundo, y decir con Montaigne:

«Quemar vivo a un hombre es poner un precio muy alto a nuestras conjeturas». La revuelta de los moderados de la que habla Kundera se inscribe en la tradición nacida del traumatismo de las guerras civiles religiosas. Mientras que a la revuelta prometeica le encanta franquear fronteras y proclama que la imaginación no tiene por qué humillarse ante la prosa de los días, la revuelta de los moderados reivindica la finitud. Mientras que la revuelta prometeica combate lo que considera la seria pusilanimidad de la circunspección y de la medida, la revuelta de los moderados le abre un sitio a la imperfección, a lo inacabado, a la incertidumbre, a la falibilidad, en resumen: a lo poco serio e irremediable de todas las convicciones, de todas las conjeturas humanas. La primera, enfática, pretende apresurar el advenimiento del reino humano, es decir, la transferencia al Hombre de los atributos divinos de la omnisciencia y de la omnipotencia. La segunda, irónica, pretende reventar los pellejos denunciando los estragos causados por la pretensión humana de ocupar el lugar que Dios ha dejado vacante. En 1965, en Praga, cuando se publica *La broma*, está teniendo lugar la revuelta de los moderados. En 1968, Prometeo levanta barricadas en París y, casi medio siglo más tarde, seguimos admirándonos ante la extrema modernidad de sus máximas: «La emancipación del hombre será total o no será»; «No estamos en contra de los viejos sino en contra de lo que los hace viejos»; «Seamos realistas, pidamos lo imposible»; o esta otra, de un laconismo fulgurante: «¡Sobre todo, nada de remordimientos!».

Volvamos a Ludvik, veinte años antes de que estallaran aquellas dos revueltas contradictorias. Aún no ha terminado con el frenesí juvenil. El comandante del batallón disciplinario en el que ha caído es un hombre muy joven —«un crío», dice la novela— que disimula todo lo que hay en él de duda y

de inacabado tras una máscara de revolucionario inflexible. Como es apenas adulto, carga las tintas, exagera muchísimo, busca desesperadamente darse consistencia a sí mismo y, como está *desempeñando el papel* de hombre realizado, *actúa* con peculiar inhumanidad. «¿Acto o gesto? Ésa es la pregunta», decía Sartre para subrayar la parte que ocupa la obsesión de la mirada de los demás en la existencia de cada uno. Y el filósofo contaba con la participación en la violencia de la Historia para salir del círculo de la comedia. Comprometerse, pensaba, era dejar de hacer trampas. A esa promesa de *autenticidad*, Kundera le opone una constatación irónica y afligida: los actos más terribles son también posturas teatrales; una pantomima interviene en los grandes paroxismos; nunca hay historia sino en el *escenario* de la Historia. En una palabra, la ferocidad no llega a abolir la mascarada: mientras corre la sangre, la representación continúa y Saint-Juste monta su *show*.

Pero los compañeros de infortunio de Ludvik, los que, como él, llevan el emblema negro de los prisioneros políticos, terminan por hacer frente común contra aquel joven comandante hipócrita y cruel. Descubren en la desgracia la euforia de la solidaridad, la exaltación o el consuelo de estar unidos. Así, cuando los suboficiales deciden organizar para los soldados una carrera de relevos y participar con ellos, aceptan sin dudar la sugerencia de Ludvik de sabotear el ejercicio corriendo despacio. Incluso rivalizan en inventos: uno corre cojeando, otro se cae ocho veces, un tercero levanta cómicamente las rodillas hasta la barbilla, todo el mundo se aplica en no aplicarse, todo el mundo menos Alexej, otro crío. Hijo de una personalidad comunista encarcelada, sigue depositando con obstinación feroz todas sus esperanzas en el Partido y aceptando estoicamente el castigo que éste le inflige: «A mi padre lo detuvieron por

espía. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? ¿Cómo puede el Partido fiarse de mí? El Partido tiene el deber de no fiarse de mí». De manera que se entrega a fondo. Pero es enclenque y poca cosa. No tarda en notar una punzada en el costado, y termina la carrera con más dificultades que quienes simulan agotamiento y lentitud. Y es quien carga con quince días de calabozo por intento de motín. Alexej, considerado por los demás blasones negros un traidor y acosado con ahínco por el comandante porque le ha interceptado una carta en la que denunciaba a las instancias del Partido sus métodos crueles, termina suicidándose ingiriendo dos tubos de barbitúricos. Ludvik se percata entonces de que aquel adolescente enfermizo y fanático de nombre ruso era la oveja negra de los blasones negros. Se culpa por no haberlo ayudado. Y la euforia de la solidaridad cede el sitio a un irrepreensible malestar. El grupo de compañeros no estaba cimentado únicamente sobre un destino común y una común resistencia; necesitó, además del enemigo, un chivo expiatorio; los blasones negros fueron capaces de acorralar a un hombre, como la colectividad que había expulsado a Ludvik de la universidad, y quizá como toda colectividad humana. Dicho de otro modo, no hay unión sin unión sagrada, ni unión sagrada sin víctima propiciatoria. La fraternidad, privada del alimento del odio, iría desapareciendo: para existir, necesita carne fresca.

Así es que Ludvik se ve postergado, por la muerte de Alexej, a la soledad y a la amargura, de las que había creído salir durante uno de los permisos que le concedieron, cuando conoció a Lucie, una obrera de Ostrava. Aquella joven inocente y tímida le había recordado a Ludvik la existencia de un territorio diferente del de la Historia: «La pradera olvidada de lo cotidiano». Era su «acomodadora gris» e invitaba a dar un paso suplemen-